



CAPÍTULO XI.

EN EL CUAL EL LECTOR CONOCERÁ
EL ORIGEN DE LAS INTIMIDADES
DE CARLOS Y SALVADOR.

CARLOS había desaparecido de la casa paterna, en unión de Salvador, y no había vuelto á aparecer hasta el siguiente día de su salida.

Su aparición causó tanta sorpresa, como había causado angustia su tardanza.

Pero más impresión causó todavía su semblante; Carlos había casi envejecido, y

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1425 MONTEVIDEO, URUGUAY

nadie pudo arrancarle una palabra acerca de lo ocurrido: para todo el mundo fué un misterio impenetrable su desaparición.

Su padre se propuso no insistir, ni preguntar más por Salvador, cuya desaparición era todavía mas misteriosa que la de Carlos.

Á poco tiempo, Carlos solicitó formalmente de su padre el permiso para continuar su educación en Europa, y en pocos días arregló su viaje.

Desde el momento en que Carlos salió de la casa paterna no se ocupó de otra cosa que de adquirir noticias de Salvador.

Vino á México, y se informó de que Salvador había partido hacía algunos días para Europa: ocurrió á la casa de Diligencias, y consiguió que le mostraran el *roll* de pasajeros, y vió el nombre de Salvador entre los de los pasajeros de la vía de Acapulco; tomó boleto, y sin perder momento, salió de México al día siguiente para Cuernavaca: días después estaba en Acapulco: el mismo día de su llegada al puerto, había partido un buque con destino á la América del Sur;

Carlos volvió á ver el nombre de Salvador entre los de los pasajeros.

Al día siguiente fué acometido por la terrible enfermedad de las calenturas, y permaneció dos meses entregado á agudos padecimientos.

No sano aún, se presentó ocasión de embarcarse, y así lo hizo, siempre fijo en la idea de seguir las huellas de Salvador.

Hizo una travesía penosa y larga; pero al fin llegó á su destino.

Tardó ocho días en tener noticias de Salvador: al cabo de este tiempo, supo que la noche anterior había estado muy cerca de aquél á quien buscaba en una fonda, pero que en esa misma mañana, su antiguo amigo se había embarcado en un buque americano con destino á San Francisco.

Se embarcó de nuevo, y finalmente, después de seis meses, encontró á Salvador en París.

Una mañana, apesar de la nieve que caía en abundancia, Carlos se presentó de improviso en el hotel en donde vivía Salva-

dor, quien á la sazón no había abandonado la cama, apesar de ser las once.

Ni el portero, ni el camarista, se hubieran atrevido á introducir á Carlos, ni á anunciarlo, si éste no les hubiera asegurado que traía acerca de Salvador una misión de la mas alta importancia.

Salvador se arregló violentamente y pasó á su sala dando mil excusas al recién venido por permitirse recibirlo poco dignamente; pero al ver que el desconocido ni se movía de su asiento, ni hablaba una palabra, Salvador se fijó en él.... vaciló.... se acercó aún y exclamó por fin.

—¡Carlos!

Y le tendió los brazos.

Carlos permaneció inmóvil.

—¡Qué es esto! dijo Salvador, contrariado y recordando en el momento la escena toda de la casa del tío Mateo.

—¡Carlos, tú aquí!

—Te hubiera alcanzado en el confín del mundo.

Salvador iba á sonreírse.

—Pero no te alegres; porque vengo á matarte.

Salvador guardó silencio, miró detenidamente á Carlos y se sentó frente á él.

—Estoy á tus órdenes, dijo luego que se hubo sentado; ¿tienes padrinos? porque supongo que acabas de llegar.

—Sí, lo tengo todo.

—¿Armas también?

—Sí.

—Debo advertirte que yo no me bato sino con mis pistolas; sobre que son las que están de moda en París: hoy no están en casa, están de servicio, y... qué quieres, se ha hecho de moda batirse con mis armas.

—Yo he dicho, agregó Carlos pálido de ira, que simplemente venía á matarte.

—Lo oí perfectamente; y á mi vez te he dicho simplemente que estoy á tus órdenes.

—Está bien, entonces óyeme.

Aún me siento con vigor para sufrir un poco más, y vengo á que me relates todo lo que pasó aquella noche horrible; pero todo, todo, ¿lo entiendes? sin omitir detalles.

Me parece que debes morir en carácter, haciendo tu apología á la puerta del infierno.

Salvador soltó una carcajada.

—Agregaré más, dijo Carlos, esperaré á que te vuelvas á reír como ahora para enviarte al otro mundo.

—Entonces, voy á aplazar mi segunda risa para el siglo XX y á procurar imitar tu gravedad.

—Decididamente, dijo Carlos, has aceptado el único papel posible en las circunstancias, aunque ya es viejo eludir el rubor con una carcajada; pero debo advertirte que tengo bien fijado mi juicio y que no retrocederé ante ninguna consideración. Te supongo muy adelantado en el manejo de las armas, y confieso que también es viejo sustituir á la razón, con la destreza; pero yo no vengo á jugar una partida, sino á ejecutar una acción deliberada, y madurada con hiel hace seis meses; y por lo mismo te repito que vengo á matarte.

—¿Como asesino?

—No: como cazador.

—¿Según eso, tú también estás adelantado?

—En caza mayor, no temo errar

¿No extrañarás, supongo, que me defienda? ¿me quieres privar también de ese precioso derecho?

—Es tuyo el derecho; pero el tiempo es mío.

Carlos sacó una pistola, la preparó y apuntó al pecho de Salvador, sin haberle dejado tiempo de moverse.

—Está bien, dispara; ni tiemblo, ni ruego ¡tira!

Transcurrió un momento, durante el cual, Carlos adivinaba el corazón de Salvador, tras de la mira de su pistola.

Salvador no parpadeó.

Carlos tampoco; pero en seguida bajó la pistola y dijo:

—Habíamos olvidado la historia de la cabrera.

—Voy á procurar acordarme, porque siento que se me había olvidado completamente.

te, y tú, según parece, quieres pormenores; he aquí un verdadero conflicto.... de hoy en adelante, voy á tener cuidado de hacer apuntes, para dar razón de lo que hago, por si acaso me vuelvo á encontrar un buscador de historias tan escéntrico como tú. En resumidas cuentas, continuó Salvador, cambiando de tono ¿te conformas con la corroboración absoluta? entonces te diré que todo es cierto, que te jugué una mala pasada, seguro de que tú no habrías tomado por lo serio un amor tan alto y tan agreste: ¡qué quieres! soy un bárbaro, pero á pesar de eso, te quiero mucho y comprendo que debo dejarme matar como....

—¿Cómo aquellos perros?

—¿Creo que los matamos?

—Sí.

—Pues me parece ridículo morir así; permíteme al menos morir á mi gusto, esto me parece una petición muy racional.

—¿Deberé creer en tu sinceridad?

—¡Hombre!.... «yo soy así» me da un pito la vida, á lo que temo es al ridículo; tengo

además negocios graves, y no me pertenezco absolutamente, tendría que hacerte varios encargos.

—¿Cuáles?

—Te lego una cocota, dos grisetas y otras chácharas por ese estilo. Por otra parte debemos estudiar la manera de que tú me mates, sin que la policía te haga una de las tuyas.

En cuanto yo acabe, empiezas tú, y debe parecerte como á mí, muy fastidiosa toda esa tramitología; por otra parte, ni yo, ni la justicia, ni la sociedad, estamos de acuerdo con tu justicia. Discurramos.

No vale la pena la Cabrera: creo que tú y yo valemos más que todas las zagalas del mundo.

Como Carlos hizo un movimiento, Salvador agregó.

—No pretendo disculparme ni eludir lo que pretendes llamar tu justicia, no; pero quiero fijar la cuestión, al menos tengo derecho de saber qué hice.

—¡Qué hiciste! ¿quieres que te lo recuerde? ¿tienes el cinismo de preguntarlo?

—Bien, hombre, sí; supuesto que no me acuerdo. Todo aquello para mí, no pasó de una calaverada; y aunque lo sospechaba, nunca pude estar seguro de que tú tomarías á pecho aquel idilio para improvisar una novela sentimental. Es cierto que te quise jugar una mala partida, pero entre amigos... me pareció que al fin acabarías por perdonármela.

—Voy á decirte lo que pasó para que te horrorices.

Carlos hizo entonces á Salvador, una minuciosa relación de lo ocurrido en la casa del tío Mateo después de la desaparición de Salvador, agregó todo lo que al mismo Carlos le había pasado en su larga persecución.

Salvador oyó á Carlos con la mayor atención y con la vista fija en el suelo. Tenía un aire de concentración tal, que Carlos no pudo percibir en la fisonomía de su amigo ningún gesto que le indicara que había logrado conmoverlo; pero el cuadro había sido tan patéticamente pintado, el relato de

Carlos, era tan ingénuo y su emoción tan verdadera, que Salvador, no obstante el don que tenía de sobreponerse á todas las emociones, juzgó interiormente que su amigo tenía razón en querer matarlo, y no se le ocultó toda la infamia que había en su conducta y cuán funestas habían sido las consecuencias de lo que él había querido hacer pasar como una ligereza.

Al cabo de un rato en el que reinó el mas profundo silencio; dijo Salvador.

—Razón te sobra; te he hecho sufrir, he sido infame, he cometido horrorosos asesinatos, y por Dios que esto me escuece de una manera horrible: tengo la conciencia de mi falta, y por la primera vez me estremezco, y me avergüenzo de mi conducta, tienes toda la razón y toda la justicia: debes matarme.

Voy á pagarte con lealtad, y para esto no debemos batirnos, porque en ese caso la suerte no me sería adversa: hay más, tengo la conciencia de que después de haberte ofendido, no debo hacer armas contra

tí: si después de todo lo que te he hecho sufrir, te matara á tí también.... ¡oh! yo no podría sobrevivir.... Estoy listo, Carlos, mi vida te pertenece: hiere, mátame.

Salvador se levantó de su asiento y se abrió la bata que tenía cruzada sobre el pecho.

Lo que en aquella acción había de noble, hizo vacilar por un momento á Carlos, quien á su vez pensó que Salvador comenzaba á desarmarlo.

Al cabo de un momento de meditación, Carlos habló así:

—Confieso que este camino es el mas corto, y no me sorprende tu destreza, supuesto que tengo fundados motivos para conocer de todo lo que eres capaz. Presentarte ahora á mis ojos convicto, confeso, desarmado y resuelto á recibir la muerte, es sin duda el medio mas eficaz de obligarme á aparecer infame si abuso de tu abnegación; pero todo está en pié, y aún sangra dolorosamente la herida que me hiciste: uno de los dos debe dejar de existir.

—Ese soy yo; dijo Salvador.

—Me inclino á aceptar el duelo, pero el duelo á muerte, por mi parte moriré conforme, estoy horriblemente fastidiado del mundo.

—Yo pensaba vivir algo más, pero opino como tú; nada importa morir, pero si la justicia ha de guiar nuestros pasos, no debemos batirnos, yo debo ser la víctima expiatoria, tú la justicia.

—No: juguemos al azar, así nada tendrá que reprocharnos la sociedad.

Salvador se quedó pensativo por un rato, al cabo del cual dijo:

—Ya tengo aquí la resolución; y en el secreto que voy á revelarte, conocerás que hablo con la sinceridad del que está dispuesto á morir. Escúchame.

—Te dije al principio que yo no me bato sino con mis armas: te dije más, que mis armas están de moda.

Voy á explicarte este enigma.

Compré estas pistolas á un italiano, en dos mil francos, y son una perfecta imita-

ción de las que salen de la mejor fábrica de Bélgica; tienen el número, y el mismo fabricante belga las ha tenido en sus manos, jurando que han salido de su fábrica.

La caja tiene dos pistolas, pero son tres: las de la caja las presté ayer, la tercera está en mi poder, ¿me permites que te la enseñe?

Carlos hizo una señal afirmativa.

Salvador se acercó á una cómoda, abrió un cajón, hizo saltar en él el resorte de un secreto, y sacó una pistola de desafío, un atacador y un mazo.

Carlos entretanto había puesto la mano sobre su pistola.

Salvador tuvo el tino, aún sin haber observado á Carlos, de presentarle á éste la pistola, tomándola por el cañón, el cual tenía dentro el atacador.

—Esta pistola está descargada, mírala.

Carlos midió con el atacador la longitud del cañón y se cercioró de que efectivamente la pistola estaba descargada.

—Este es un precioso mecanismo, dijo Salvador, he aquí lo que pasa.



ESTAS PISTOLAS.

Se le entrega la pistola á quien haya de cargarla y se le deja hacer.

Cae la pólvora en la recámara, y en seguida la bala, viene después el atacador, y al primer empuje, se hunden pólvora y bala en una segunda recámara. Al levantar el atacador para dar el segundo golpe, la primera recámara se ha llenado de pólvora que hay en un recipiente interior, y sobre esta pólvora se ha colocado una tapa que sólo se abre de adentro á fuera y que resiste bien el golpe del mazo, como lo resiste la carga; el sonido de los golpes es idéntico, la pólvora asoma por el piñón sobre el cual se pone el cápsul, y la pistola está cargada; da fuego y la detonación según he podido observar últimamente, es mas débil que la de la otra pistola, pero esta diferencia es inapreciable, sobre todo para los ánimos que, pendientes sólo del resultado, están muy lejos de medir la intensidad de la detonación.

Ya comprenderás que la pólvora se inflama y que su fuerza impulsiva, no sirve

más, que para levantar la válvula que se abre en gajos que se incrustan en el cañón, de manera que después de haber salido el tiro, puedes reconocer la pistola y no encuentras ninguna diferencia, sólo que tiene el defecto de que una vez haciendo uso de ella hay que desarmarla, para volverla á poner en estado de ser cargada nuevamente.

—Me parece un arma tan valiosa como cualquier asesinato; con razón hay quien cuenta veinte duelos, sin haber sido tocado una sola vez: de esta manera se puede adquirir fama de duelista y á poco precio.

—Es cierto, dijo Salvador con naturalidad, todo consiste en hacer aceptar á los padrinos estas pistolas, las cuales se dan á reconocer y á probar á satisfacción, hasta el momento dado en que, hábilmente se sustituye una de las pistolas con esta tercera, que tiene por única contraseña el pavon mas oscuro en esta parte del pié de gato, circunstancia en que nadie puede fijarse, pues como verás, el pavon de las lla-

ves es el mismo, sólo que en ésta el pavón oscuro, está abajo.

—Y bien, dijo Carlos ¿qué pretendes hacer con esta pistola?

—Es muy sencillo; me mandas tus padrinos, aceptan mis pistolas que van á tu casa, las llevas tú, las ves cargar y eliges la cargada con bala y me dejas ésta que no mata y nos disparamos á dos pasos al corazón, y tiene la sociedad la satisfacción de llorarme muerto en un duelo legal.

Arreglas todo de manera que no puedan alcanzarte, y te vuelves á México. ¿Qué me respondes?

—Me horroriza la idea de ser asesino, no obstante haberla abrigado en mi pecho durante seis meses.

—No puedo hacer más que garantizarte ante la opinión pública; á menos que prefieras matarme en bata como ibas á hacerlo y á presentarte á la justicia para que te fastidie un año.

—Te provoco á un duelo á dos pasos, con las dos pistolas buenas.

—Corriente, dijo Salvador, á dos pasos y con las pistolas que gustes, espero á tus padrinos.

—Dentro de una hora.

—Dentro de una hora.

Carlos salió de la casa de Salvador, y se encontró en la calle sin saber qué partido tomar: hacía un frío horrible y casi no había gente en las calles.

Carlos entró en el primer café que encontró á su paso: lo primero que vió fué un inglés; lo primero que le ocurrió hacer cuando el inglés se fijó en él, fué una seña.

El inglés le tendió la mano, y la palabra *brother* sonó en sus labios.

Bastaron al inglés cinco palabras para ponerse ufano, y para estar en disposición de prestar sus servicios.

Diez minutos después dos ingleses tocaban á la puerta de la habitación de Carlos.



CAPÍTULO XII.

EL DESAFÍO.

EN la tarde de ese mismo día, Salvador y Carlos estaban en el sitio del combate.

Carlos había tenido tiempo de examinar las tres pistolas, y autorizado por Salvador, había retenido en su poder la pistola inofensiva.

Los padrinos de Carlos cargaron las pistolas, por vía de prueba dispararon en presencia de Carlos, y las dos balas se estrellaron en la placa.